



En el viejo Almendral

Por SARA VIAL



No totalmente al margen del acontecer últimamente histórico —y aun polémico— que rodea a nuestro viejo barrio Almendral, llega a mi casa de improviso la vida del escritor Joaquín Edwards Bello, autor de esa novela que se llamó *En el viejo Almendral, Valparaíso, fantasmas y también Valparaíso, la ciudad del viento*. Su amada Marita me trae de regalo este clásico literario de nuestra ciudad, recién editado bajo el nombre último que además fue el primero. En todo caso, es el mismo libro que don Joaquín, hijo preclaro de este puerto, escribió con el corazón puesto en el nombre de la inmortal Perpetua, esa mujer popular, hija de un cerro, que marcó no solamente su infancia y a la cual, por resultar sónico para ella, nos resistiríamos a llamar "asesora del hogar", pues Perpetua fue mucho, muchísimo más que eso. Fue como el viento mismo de Valparaíso, por decir lo menos.

María Albornoz, que tiene el habla criolla y el donaire fresco que no ha perdido con los años, trae otro propósito desde Santiago. En Valparaíso filman una película "inspirada" en una crónica de su marido. Quiere saber si es verdad, para cobrar los derechos de autor. Logra comunicarse con los realizadores y le prometen mandarle el guión a su casa de Santo Domingo para que ella vea que "na que ver" (?).

Mientras habla por teléfono, yo pienso en El Almendral de don Joaquín y en todos los Almendrales, y en ese nombre, *Valparaíso, fantasmas* que tuvo en otro tiempo *Valparaíso, la ciudad del viento*, novela que no cesó de componer y recomponer y que a lo mejor tuvo en *Fantasmas* su mejor título.

Joaquín Edwards Bello se fue niño de Valparaíso a Europa, pero estuvo regresando toda la vida, "ya que escribió constante, casi obsesivamente sobre Valparaíso", dice el prologuista Martín Cerda, y así fue, puesto que jamás quiso perder ninguno de sus propios fantasmas.

Hay muchos Valparaíso: el de Neruda, el de Camilo Mori, el de Salvador Reyes, el de Jacobo Danke. Pero ninguno nos deja esta sensación inenarrable, extraña, consanguínea, melancólica, del Valparaíso de Edwards Bello.

Por las páginas de su libro (y él nunca habló de realismo mágico!)

resuenan las celaminas de cinc, como si el viento las estuviera batiendo por primera vez en el oído. Algo entrañable, alegre y doloroso a un tiempo, se revuelve en el pecho y duele como un recuerdo, un tatuaje, una quemadura de amor. Nos vemos niñas, corriendo por una calle en desamparo, olor gris a garaje, tras cuyas ventanas de guillotina nos miran sin ver rostros que se estufan.

Cae la noche sobre los adoquines de la calle, sube la niebla del mar y el grito callejero del vendedor de mote nos llega en un lamento: "Mote mey pelao el mey y calentito...".

Barrio Almendral. No tiene la culpa que el hombre y los terremotos hayan olvidado su nombre de abeja, o que no se le mire desde el corazón. (No decía el Principito que las cosas invisibles sólo se ven con el corazón? Nadie recuerda cuando era un follaje verde y corría por él el estero de las Delicias, que después se llamó Jaime (jese manía de cambiar los nombres hermosos!). Nadie escucha bajo las heridas que dejaron los rieles en el pavimento, el secreto canto de las ruedas de los tranvías. ¿Cómo no reservaron uno, uno solo, para pasear en domingo a los miembros del Congreso, más allá de los timbres y las altibambas, para ayudarlos a encontrar y reencontrar el rostro siempre bello de Valparaíso? No habría sido bueno hacerlos olvidar de los rápidos buses (que ellos encuentran tan lentos) y llevarlos en un rechinante tranvía pintado de amarillo, de esos que subían a Playa Ancha y daban una linda vueltacita por El Almendral, cuando aún podíamos asomarnos a sus ventanillas remotas?

Por aquellas esquinas anduvo la inglesa Mary Graham, no sólo paseando, sino descubriendo plantas y bulbos, para su Diario de Residencia en Chile, o cabalgando por Las Zorras junto a Lord Cochrane. Allí tuvo su casita o casaquinta, y en otra esquina, la escritora española Concha Espina, antes de ser nombrada académica en Madrid, puso un puesto de cigarrillos, un quiosco para su cigarreta que atendía personalmente. *Valparaíso, fantasmas!* Frente al mercado de calle Yungay, una noche, en este siglo, vivimos una tertulia diáfana, en casa del poeta porteño Pascual Brandt, con Neruda y Ca-

milo Mori, cuando fotaban en el aire las estrofas porteñísimas de don Pascual, con aquello de "Viejo Almendral de gorra y blusa" y Neruda recitaba "Ya no la quiero es cierto, pero cuánto la quise". A unas cuadras de allí, en la calle Deformes, a los veinte años, cuando se preparaba para partir a Europa en el vapor Adriano, escribía sus cartas de amor a Albertina Azócar, pidiéndole que viniera a despedirlo al puerto. Pero por algo le diría en el poema: "Me gustas cuando callas porque estás como ausente/ y me oyes desde lejos y mi voz no te toca".

Ella no vino nunca.

Ahora, frente a esa misma ventanilla de la casa de punta de diamante, Deformes con Victoria, donde escribía antes de irse a la India, quedará instalada la biblioteca del Congreso, ese mismo Congreso del que iba a ser (¿podía imaginarlo?) senador por el norte. El edificio monumental ocupa, en su amplio espacio, el pequeño tramo de la vieja casita de enfrente, en cuyo segundo piso otro poeta de Valparaíso, Zoilo Escobar (¿dónde volaron sus *Girasoles de papel?*) anidado a su balcón, hacía gimnasia mañanera. En las protas de Neruda, *El vagabundo de Valparaíso*, hay un capítulo inspirado en ese cuadro evaporado en el aire. Porque Valparaíso es ¿quién lo dudaría? una ciudad escrita en el aire.

De un largo túnel del Almendral, el del ascensor Polanco, veo brotar cineastas, expedicionarios, fotógrafos, escritores de otras partes, niños morenos, pintores. Viene saliendo Joris Ivens, después de haber filmado enloquecido esas alturas desde el mirador, con la pasión que el cineasta holandés puso en su película *Valparaíso*, premiada en Francia. Valparaíso sólo se conoce desde arriba. El Congreso pudo estar arriba de un cerro. ¿Por qué no? O a la orilla del mar.

Rubén Darío nos habla del cerro Alegre, se compra un sobretodo en la calle Serrano, pero ¿cuántas veces paseó su fantasma por nuestro Almendral?

"He ido a poner flores en la tumba de mis padres y de Perpetua", dice Joaquín Edwards en *La ciudad del viento*, 1990. "Los domingos me entristecen. Recuerdo a Perpetua cuando era joven, cuando hacía empanadas de domingo y me ponía ropitas de realce para llevarme a la misa de once".

Veo el gato, de espaldas, pintado por Camilo Mori en ese *Domingo en Valparaíso*, mirando una bahía solitaria.

En el viejo Almendral [artículo] Sara Vial.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el viejo Almendral [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile